

Minicuentos de Raúl Leis



Raúl Leis (1947-2011), dramaturgo, ensayista, cuentista, sociólogo, educador popular y profesor universitario, se nos fue prematuramente. Un hombre de gran talento y capacidad de trabajo: digno, ecuánime, mediador, gran amigo. Acaba de marcharse y ya la sociedad panameña en su conjunto, y sus amigos y colegas en particular, lo echamos muchísimo de menos.

En esta oportunidad, la revista **MAGA** le rinde un tributo mínimo al excelente minicuentista que había en él: singular mezcla de ingenio y gracia, sus minificciones suelen combinar la vena fantástica con la sátira social. Los textos aquí rescatados han sido tomados de su primer libro de cuentos: **Viaje alrededor del patio (Cuentos de vecindario)**, que como un primer reconocimiento a su talento literario tuvo el honor

de publicarle a Raúl en enero de 1987 en Editorial Signos.

Sus otros dos libros de cuentos son: **Remedio para la congoja (Cuentos de la calle)** (Panamá, 2005); y **¿Quieres que te lo cuente otra vez?** (Grupo Editorial Norma, Panamá, 2005). Obviamente, en el terreno de la literatura nacional habría que rescatar también lo mejor del dramaturgo y del ensayista, lo cual queda para otra ocasión.



EL INCENDIO



Muchas mujeres del vecindario están piponas. Andan orgullosas con sus vientres en ristre, que dibujan formas geométricas cambiantes. Las de barriga en punta como nave espacial. Las redondas como bola de baloncesto. Las oblongas como dirigibles. Las casi cuadradas. Las piramidales. Las rectangulares. Pero en todas se adviene la suave venganza de la fertilidad de estas tierras, donde el machete abre la trocha en el monte y al mirar atrás ya la vegetación inunda el claro formando una muralla impenetrable.

Un día el fuego amenazó con arrasar con todo el edificio al estallar un tanque de gas e incendiarse un cuarto. Las preñadas se reunieron alrededor del conato; todas juntas rompieron fuentes y arrasaron al siniestro con sus aguas maternas.

La población de la casa aumentó notablemente ese día, y entre llantos de recién nacidos el incendio murió en su cuna.

SUCEDIÓ

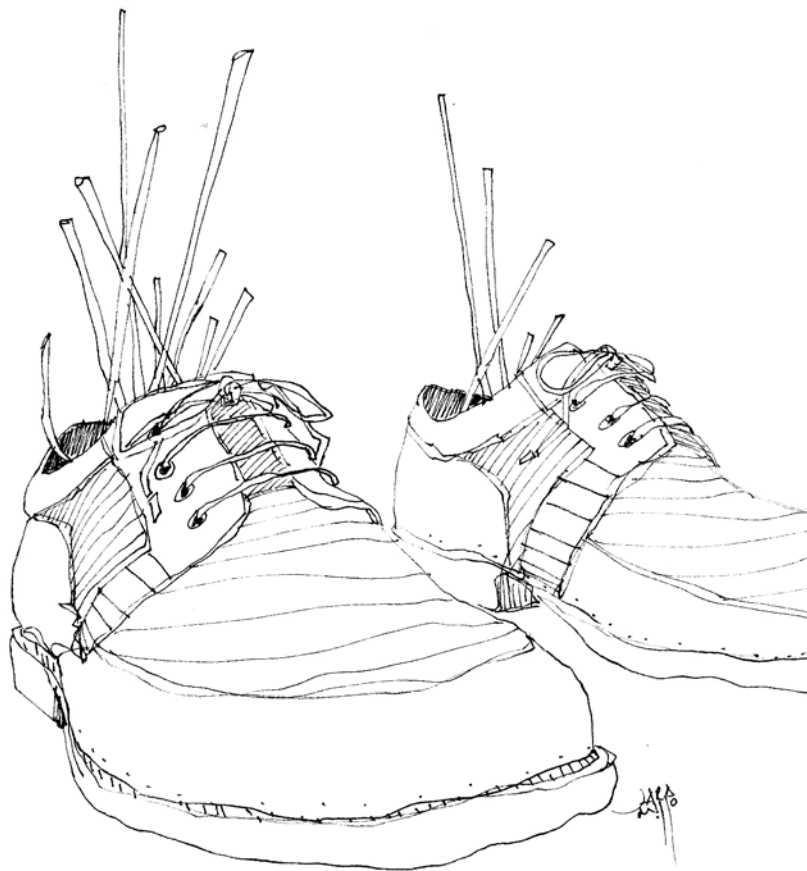
(A los periodistas honestos)

Desde las páginas del periódico, Gabriel Pérez se ganaba la vida deshaciendo honras, fabricando noticias, vendiéndose al mejor postor. Un día inició una campaña ensartando infamias de todos los colores y tamaños contra el barrio. Los propietarios de varios edificios habían pagado generosamente al periodista para desacreditar a un número plural de inquilinos, quienes se negaban a desalojar edificios que iban a ser convertidos en oficinas.

Por los mismos motivos, Marina Contreras en la televisión sibilínamente sirvió de caja de resonancia de la campaña de Gabriel Pérez y también recibió buenos dividendos.

Una noche el poder de los ofendidos tuvo una mágica erupción. Doña Pancha, la planchadora, celebró en su cuarto una fiesta de santería e hizo que los vecinos descubrieran las magnetizadas influencias de los tambores de San Lázaro. En el momento del paroxismo, cuando las manos casi rompían los cueros, todos los inquilinos pusieron sus dedos acusadores sobre la foto de Gabriel Pérez que ilustraba la edición del periódico. Y también apagaron el televisor en el momento que aparecía en la pantalla el rostro de Marina Contreras.

Desde ese momento, Gabriel Pérez advirtió horrorizado que estaba manchado indeleblemente por huellas digitales inmensas que trazaban su rostro y cuerpo con líneas negras imborrables. Marina Contreras sintió que de pronto vagaba en un océano de éter, bombardeada por las ondas sónicas y luminosas de la atmósfera extraterrestre, sin la más remota posibilidad de regresar jamás de los jamases a la realidad. Sucedió.

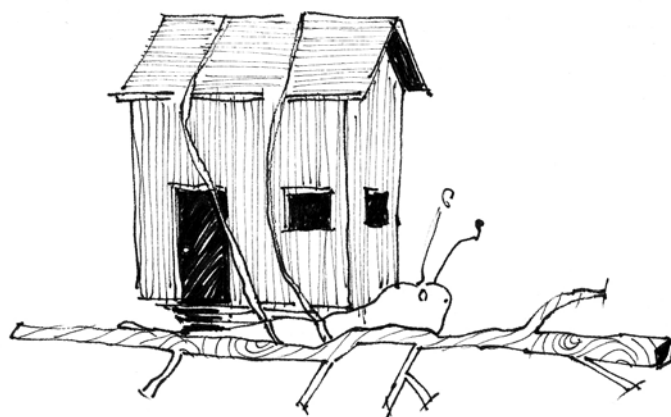


SAL

Durante varias semanas Eustaquio no se cansó de repetir a sus vecinos que estaba salado, que se sentía salado. Le recomendaron varias fórmulas para quitarse la salazón, pero Eustaquio sólo repetía lo mismo una y otra vez con una insistencia que empezó a tornarse insoportable.

Muchos olvidaron el asunto hasta la mañana del día en que cayó el primer aguacero del invierno. Asombrados vieron cómo al mojarse Eustaquio con las primeras gotas, se disolvía y se diluía en el enorme charco que siempre aparece en el patio.

Ahora el charco tiene un ligero sabor salino y gracias al limo verde que se forma en su lecho, parece un pequeño mar. Los niños echan a navegar barquichuelos de papel periódico, y el diminuto mar de vez en cuando se encrespa y rugen sonidos similares a pequeñas tormentas.



TODO SE DERRUMBÓ

(A mi gente de Colón)

Mateo vivía en el segundo piso de una casa condenada. Un domingo buscó, encontró y compró siete fracciones de lotería, que al mediodía fueron las premiadas con varios miles de balboas.

Para celebrarlo convocó amigos y vecinos. Y juntos se dispararon siete docenas de cajas de cerveza, setenta y siete botellas de seco y siete pernils, en un jolgorio que hizo historia en el barrio.

El lunes, en lugar de salir a buscar trabajo, se dirigió a la mueblería e invirtió todo su capital en los muebles y artefactos que siempre había deseado tener. El juego de sala-comedor de lujo. La estufa de microondas con relojito digital. La refrigeradora enorme, de esas que echan hielitos por una ventanita. El super-componente con ecualizador. La cama gigante con mesita de noche. El televisor a colores con videgrabadora...

No bien terminaron de meter todo eso en el pequeño cuarto de la casa de madera, Mateo conectó todos sus aparatos y realizó un clavado desde el sofá para probar la cama nueva. Un gran crujido se sobrepuso a los otros sonidos del ambiente. Su mundo se hundió ruidosamente en una fracción de segundo, y desde la cama vio alejarse velozmente el cielorraso, mientras que todas sus cosas y las viejas maderas del piso se estrellaban contra el suelo de abajo.

Al volver en sí, los médicos de la sala de urgencia le explicaron lo sucedido al mismo tiempo que le cosían las siete heridas que le cruzaban el cuerpo. El peso de lo que había comprado, le informaron, hundió el piso de tablas carcomidas, y su cuarto se derrumbó sobre la lavandería del chino situada abajo.

Mateo, después de comprometerse a pagar todos los daños cuando consiguiese trabajo, encontró otro cuartito en otra casa condenada. Allí, en medio de la desolación de una habitación casi vacía, se lamenta lo sucedido. Pero no deja de entervérsele cierta complacencia cuando conversa con alguien lo que pasó:

—¡Fue como tirar la casa por la ventana, familia!

Al mismo tiempo parece comprender más claramente eso que llaman sociedad de consumo.

RAÚL LEIS. Panameño nacido en el exterior (Isla Providencia, San Andrés, Colombia), en 1947. Falleció en la ciudad de Panamá el 30 de abril de 2011. Sociólogo, escritor, comunicador y educador popular. Realizó la licenciatura en Sociología en la Universidad Santa María la Antigua. Cursó la Maestría de Estudios Políticos en la Universidad de Panamá. Libros publicados: **Viaje alrededor del patio**, 1987), **Remedio para la congoja** (Panamá, 2005), **¿Quieres que te lo cuente otra vez?**, 2005), entre otros.